

El Fútbol y el Psicoanálisis

Por: ENRIQUE GUARNER

EL domingo 4 de julio sucedió algo que me dejó perplejo. Sin pensar en la posibilidad de que la selección mexicana de fútbol pudiera llegar a la final de la copa América, adquirí localidades para la representación de la ópera «Werther» de Massenet en el Palacio de las Bellas artes. Sin embargo, habiendo seguido los acontecimientos de la semana tuve la prevención de grabar el partido de soccer que sería llevado a cabo en Guayaquil.

A la salida de la función a las ocho y media de la noche, me encontré en la Alameda con el despliegue de numerosas banderas y los claxones de los automóviles parecían estar celebrando el indudable triunfo del seleccionado mexicano. Esta misma escena se continuó a lo largo del trayecto hasta mi casa, por lo cual no quise escuchar el radioreceptor de mi vehículo, sino que preferí saborear de manera directa la victoria.

Una vez instalado en la comodidad de mi hogar puse el cassette grabado y transcurrió el primer tiempo sin que pudiera observar la supremacía nacional. Es más, a mitad de la segunda parte cayó el gol argentino, pero duró poco la ventaja, puesto que el penalty dio el empate. Desafortunadamente, el gozo duró pocos minutos ya que el famoso Batistuta volvió a batir a ese guardameta vestido de payaso que constituye el arquero nacional. El final del juego todo el mundo lo conoce, fue una andanada de faltas cometidas por nuestro poderoso seleccionado y la final derrota.

Naturalmente que de inmediato surgió en mi la pregunta: ¿qué sería lo que estaba festejando la gente en las calles?. La respuesta es muy sencilla y tiene que ver con la necesidad que tenemos de encumbrar a unos deportistas ante las muchas carencias que sufrimos.

Si uno analiza con frialdad lo acontecido en el desarrollo de la copa de las

Américas tendrá que concluir que el papel realizado por el seleccionado mexicano de fútbol fue mejor que el de épocas pretéritas, pero de ninguna manera extraordinario. En primer lugar los resultados finales en el torneo significaron: dos partidos ganados, dos empatados y dos perdidos. Además los actuantes tricolores se calificaron «de panzazo» para la segunda vuelta, o sea, séptimos de ocho. Se me responderá con razón, que se llegó hasta la final, pero ello fue casual puesto que el equipo peruano, al que derrotaron era juvenil y se había visto débil en la fase anterior del torneo. Por otra parte aunque Ecuador resultaba local, jamás había destacado futbolísticamente habiendo en la historia de la copa América. También es curioso el que nunca hayamos sabido acerca del evento a pesar de que se celebra desde 1917.

Sin embargo, más interesante que lo ocurrido fue el fenómeno colectivo que se desarrolló movilizándolo a la opinión pública y las reacciones que se sucedieron. En otras palabras, el sentimiento de muchos mexicanos frustrados por la recesión y situación económica que viven, dio lugar a que se depositara en la selección nacional una solución a sus conflictos. El ideal se orientó hacia un ficticio prestigio deportivo dando una imagen superior y así el seleccionado se transformó de golpe en un grupo coherente y afectivo que abría toda clase de expectativas.

En la misma derrota frente a los argentinos se puso en marcha el mecanismo de defensa de la negación, asegurando que nos ganaron por su experiencia y los mediocres locutores tan impermeables a la crítica los llamaron «cancheros». Es más, volvieron a caer en sus ya famosas hipertrofias de valores asegurando que si no fuimos superiores en el campo de juego, lo somos moralmen-

te porque en un partido previo cuyo único objeto era la clasificación les dimos «un baile».

Desde el punto de vista histórico el fútbol se inició en México a principios de este siglo, gracias a las exhibiciones que daban los ingleses radicados en el país. Pronto encontró aceptación este deporte adquiriendo fuerza en 1912 con los enfrentamientos del México con su portero Cirilo Roa y el España. Este último se convirtió en el super campeón al ganar en quince ocasiones distintas el torneo de liga. El título final lo obtuvo en la temporada 1944-1945 con grandes estrellas que incluían a los porteros Sanjens y Blasco, los defensas Laviada y Aedo; los medios Gilaurren, Fernando García y Alonso. La delantera estaba formada por: Quesada, Iraragorri, Lángara, el argentino José Manuel Moreno y el extremo Septián.

Puede afirmarse sin discusión que la colonia hispana contribuyó al auge del fútbol, pero hizo bien en retirar a sus equipos por las tremendas peleas que se entablaban entre mexicanos y españoles.

El América nació en la época posterior a la Revolución y fue campeón desde 1924 hasta 1928. En los cincuenta fue adquirido por Televisa que gasta mucho dinero en él con resultados bastante desiguales.

De raíces populares nacieron el Atlante y el Necaxa, habiéndose fundado el primero en la época «Cardenista» por el general Núñez. El segundo resultó consecuencia del aporte de los electricistas y su gran equipo el de los «once hermanos» se hizo pentacampeón en los treinta.

El mejor conjunto puramente mexicano de todos los tiempos ha sido el Guadalupe, el cual dominó el torneo desde mediados de los cincuenta hasta bien entrados los sesenta. Su principal alineación estuvo formada por: «Tubo» Gómez como portero, los de-

fensas Nuño, Villegas y Sepúlveda, los laterales Flores y Díaz; así como la delantera de «Chava» Reyes, Héctor Hernández, «Mellone» Gutiérrez y Arellano. Este equipo ganó dos pentagonales: el de 1958 compitiendo contra el River Plate y Botafogo. También el de 1961 enfrentado al increíble Santos de «Pelé» y el Independiente de Avellaneda.

En realidad, puede decirse que dos factores han contribuido a que haya perdido mi interés en el fútbol. El primero ha sido la creación de la llamada «liguilla» que implica el que se juegue a lo largo de ocho meses sin razón alguna, puesto que basta clasificar octavo para pasar a las mismas finales que el primero. Esto le resta interés a la mayoría de los partidos, los cuales de por sí resultan aburridos dado que en el balompié, al contrario de los otros deportes, se permite el empate.

El segundo motivo reside en el grupo de locutores que por televisión transmiten los juegos y que resultan impenetrables a la crítica, al castellano y frecuentemente a la misma inteligencia. Ellos funcionan como publicistas asegurándonos que vemos partidos fabulosos, aunque se trate de encuentros «llaneros» en los que predominan las patadas.

Volviendo al tema de la selección nacional diremos que su actuación en Sudamérica fue aceptable, más no excepcional, porque apenas fue superior a aquella que en 1962 participó en Chile. Claro que si la comparamos con la lograda por México en los dos mundiales que organizó, diremos que resultó buena porque además nuestro seleccionado carece de reputación internacional alguna.

Aspectos psicológicos

Creo que lo sucedido merece ser analizado como lo que los psicoanalistas conocemos como un despla-

zamiento. Es decir, una manera de desviar los problemas de recesión económica y crisis política hacia algo intrascendente como el fútbol, donde no actúe la censura. En otras palabras, al no poder demostrar el progreso social y las dudas frente a las próximas elecciones se han acentuado las victorias deportivas. En 1895 Sigmund Freud ya había observado como la intensidad de una representación puede desligarse de ella y colocarse en una situación que nos angustie menos. De esta forma se hace una oscilación de un problema. Por ejemplo, una persona hace una fobia hacia un objeto que rara vez observa como son las serpientes en lugar de temer al acto sexual. En las históricas se agrandan los afectos o se coloca toda la energía en un síntoma físico, porque no se puede uno enfrentar a la insuficiencia de la vida. Por el contrario, el obsesivo elimina sus emociones hipertrofiando el razonamiento lógico.

Freud puso en evidencia el desplazamiento al analizar los sueños donde existe una gran diferencia entre el contenido manifiesto y el latente. Es decir, que los elementos más importantes del fenómeno onírico aparecen indiferentes o mínimamente representados, mientras los aspectos secundarios toman enormes proporciones.

En conclusión, los desplazamientos constituyen mecanismos defensivos y dan lugar a que la clase poderosa y la televisión, haga que la población ignorante se identifique con los jugadores del seleccionado metiendo goles. En el fondo no es otra cosa que una fuga y un engaño desviando las penurias que se producen por los bajos salarios. No es casual el que en nuestra época estén de moda las drogas y narcóticos. En otras palabras y parafraseando a Marx diremos que «el fútbol constituye el opio de los pueblos».